



SOBRE EL NUEVO CONCEPTO DE LA HISTORIA

Pocas obras transcendentales y resonantes, entre cuantas han aparecido en los tiempos modernos, como este *Esquema de la Historia* del ilustre escritor inglés Heriberto G. Wells, uno de los cerebros más densos y fecundos de nuestra era, cuya lectura ha constituido para nosotros fuente preciada de conocimiento. Hay que señalar como suceso de singular importancia el hecho de que acaba de publicarse una magnífica edición española del magno libro, edición admirablemente traducida por dos escritores de justo prestigio: Enrique Díez Canedo y Ricardo Baeza, y dada a la estampa —en dos elegantes y voluminosos tomos de 800 páginas, tamaño folio, exquisitamente impresos y encuadernados, y con un verdadero derroche de ilustraciones, índices y cuadros sinópticos— por «Atenea» la gran casa editorial española que dirige el agudo espíritu de Fernando Humanes, y tanto se distingue por la selección de autores y en admirable y general atuendo de los volúmenes.

El *Esquema* de Wells es una de esas producciones literarias que hacen época y se adueñan de la atención universal, conmovida por la comprensión del sereno análisis de hechos transcendentales que en la misma aparece. Wells adquiere para nosotros categoría superior aún a la conquistada por Spengler, Keyserling y algún otro de esos grandes tratadistas, exégetas admirables del panorama de la vida de la sociedad en el decurso secular, que si bien sorprenden con la genial originalidad de sus principios, no siempre incontrovertibles, sobre determinados aspectos, carecen, en cambio, de la serenidad enjuiciadora, de la amplitud de retina necesarias para la vasta y certera concepción hermeneútica.

En el prólogo de la obra ya explica el autor sus propósitos al trazarla, y el contenido y alcance de la misma, con estas concluyentes palabras: «En este *Esquema de la Historia* se intenta contar fiel y claramente, en un relato seguido, la historia entera de

la vida y del género humano en cuanto alcanza lo que hoy se sabe... La historia universal es, al mismo tiempo, algo más y algo menos que la aglomeración de historias nacionales a que estamos acostumbrados, algo que se ha de tratar con espíritu diferente y exponer de distinto modo... Trata este *Esquema* de épocas, razas y naciones como trata la historia corriente de reinados, genealogías y campañas... No constituye la Historia una excepción entre las ciencias; medida que se llenan los huecos, el contorno se simplifica; conforme la perspectiva se ensancha, la multitud apiñada de pormenores vá disolviéndose en leyes generales...

De todas las grandes disciplinas sujetas a la metodización subjetiva, ninguna como la Historia háse visto por tanto tiempo supeitada al criterio al uso, siempre más o menos torcido, de sus cultivadores de los diferentes países y épocas. Ciencia en devenir, como reflejo que es de la vida misma, comenzó a ser troquelada con aquella simplicidad y justeza de los primitivos historiadores romanos que aún admiramos; pero a medida que la vida de los pueblos marcó la complejidad de relaciones e influencias recíprocas, en manifestación paralela al otro aspecto guerrero que fué el máximo fenómeno eficiente por siglos y siglos, en vez de ampliar su foco visual y criticista, fuese reduciendo y desviando al círculo estrecho de los nacionalismos, contiendas y reinados particulares, en egocentrismo y estancamiento notoriamente perjudiciales para la amplia y serena visión de conjunto.

Ese es el equivocado y torpe concepto de la Historia que Wells—escritor insigne entre los insignes, de verdadera proceridad mundial, autor lo mismo de obras de imaginación y fantasía que de creaciones de interpretación exegética acerca de los problemas más hondos de la vida—combate y derroca con su famoso *Esquema*. El nos pone de manifiesto lo falso y falto de espíritu humano del método empleado para su exposición y enseñanza, que contribuyó al aislamiento de las colectividades humanas, dando pábulo a esa serie de prejuicios e incomprendiones que han venido a trastocar valores, alumbrando no pocas veces grandes hechos y figuras que contribuyeron, en pureza, al progreso de las ideas y a la fraternidad universal.

Angel DOTOR.

Madrid, septiembre de 1927.

POETAS

Ruinas

Testamento

¡Por si la Muerte, algún día,
me sorprende, aunque la espero,
quiero que conste, alma mía,
que muero con alegría
por lo mucho que te quiero!

Que el mal que a tí te mató
con mi vida concluyó;
que nunca nos separaron;
que al morir tú morí yo,
aunque a mí no me enterraron.

Que todo lo que he vivido
después, ha sido fingido;
que no he gozado alegrías
¡y que hasta el fin te he querido
todo lo que merecías!

¡Que esto no será apreciado
sino como una rareza;
que me tiene sin cuidado
lo que el mundo haya pensado
de mi invariable firmeza!

¡Que nadie acertó a medir
lo inmenso de mi dolor,
ni supo nadie advertir
lo que se puede sufrir
con la muerte del amor!

¡Mis hondas melancolías,
mis angustias y agonías,
mis congojas y tristezas,
las tomaron por rarezas
y exageraciones mías!

¡Y qué le voy a hacer yo!
¡Cuán sabio fué el que escribió
lo de que «vida que es triste
más muere quien la resiste
que el muerto que la dejó!»

¡Sigamos, alma, subiendo
la cuesta de este calvario
en que yo vivo muriendo!
¡Murmure el vulgo ordinario!
¡Tú me ves, y yo me entiendo!

Juan MARTÍNEZ NACARINO.

Sobre el tapiz de la pradera
corre la brisa mañanera
que en el jardín se perfumó,
y al sol candente del estío
brillan las perlas del rocío
que la alborada derramó.

Tiñen rosados resplandores
el mechinal de los pastores
y los rebaños del redil,
y sus corolas aromadas
abren las flores encantadas
en el silencio del pensil.

Y medio oculto en la penumbra
que aún la alborada no la alumbraba
con su apacible claridad,
duerme a lo lejos, escondido
de la llanura en el olvido,
un torreón de la ciudad.

¡Ruinas de antigua fortaleza,
hoy tan sobradas de belleza
como antes llenas de vigor!
De entre sus múltiples rendijas
surgen las verdes lagartijas
o el fugitivo roedor,

mientras trepando por la piedra
sube a la cúspide la hiedra
de lo que un día torre fué,
crecen en rojas floraciones
como sangrantes corazones
las amapolas a su pie.

Esé arroyuelo que murmura
siempre corriendo en la espesura,
¿cuántos combates presenció?
El tiempo hundió la torre enhiesta
y la corriente tan modesta
del arroyuelo, respetó.

Así del mundo en el camino
ve el más humilde peregrino
a los gigantes sucumbir,
como en la paz de las colinas,
siendo más débil que las ruinas,
pudo el arrollo subsistir.

Pero las almas que, viajeras,
van a buscar en sus quimeras
la prometida redención,
han de triunfar en un instante
o sucumbir como el gigante
que defendiera el torreón.

Luis HERNÁNDEZ ALFONSO.